

LA FAMILIA ¿VALOR O CONTRAVALOR?*

María Isabel Oliver
Adriana C. Casall

I - PERSPECTIVA HISTORICA

La precaria comunidad primitiva y, junto con ella, la institución familiar fueron ajustándose a los distintos momentos de la evolución de la humanidad y, aunque no se llega a quebrar este sistema de organización familiar, existen algunas fisuras de importancia.

A los fines de este relato sintetizaremos, sin la pretensión de un análisis histórico-antropológico, algunos acontecimientos que influyeron significativamente en la dinámica de las relaciones familiares.

La familia extensiva, en la que convivían más de dos generaciones, propia del medio rural, caracterizó a la sociedad occidental durante milenios. Entonces, la familia constituyó también una empresa agrícola-ganadera que su autoabastecía.

Los roles paterno y materno estaban claramente definidos; cada generación aprendía de sus padres que eran considerados maestros y ejemplos, tratando de emular sus méritos, no superarlos. Su rasgo cultural es el pasado, y el presente es vivido como una continuidad que no admite innovaciones.

La unión de la pareja estaba firmemente basada en las actividades con las que contribuían a la empresa común; la relación emocional se fundaba en actividades prolongadas y compartidas.

La dinámica relacional se asienta en la autoridad patriarcal que define los roles paterno y materno como así también el lugar del niño, el joven y el adulto.

En la familia tradicional las actividades eran aquellas aprobadas por las normas de toda la sociedad. El hombre obtenía un rango social cuando era un buen agricultor y la mujer cuando era una buena ama de casa y así podían ganar autoestima a partir del reconocimiento social.

La convivencia con varias generaciones y otros familiares permitía al

* Esta ponencia fue publicada en **Política, Familia y Fe. Simposio 28-31 octubre 1991; Madrid, FIUC, Universidad Pontificia de Comillas, 1992.**

niño crecer dentro de un sistema de igualdades y jerarquías complejas y crear relaciones afectivas diversas y más ricas.

"La familia comunitaria y rural era eminentemente religiosa. Dios era parte decisiva de la vida que integraba todas las expectativas de la existencia humana (la esperanza de la cosecha, el pan de cada día, los nacimientos, la salud).

La familia tradicional cumplía de cara a sus hijos múltiples funciones, los asistía física y moralmente, les posibilitaba los aprendizajes necesarios para su adaptación social, los proveía de medios para subsistir, les brindaba la información necesaria, les inculcaba creencias religiosas y hasta elegía su destino profesional y matrimonial."(1)

A - El impacto de los procesos de urbanización e industrialización

Aún hoy cuesta medir en sus alcances y consecuencias el impacto que producen en la comunidad humana los procesos de industrialización y urbanización. Así, por ejemplo, sólo en Inglaterra a principios del siglo XVIII la población urbana significó un 75%.

Los jóvenes emigran poblando las urbes con la nostalgia por la red familiar extensa que se autoabastecía; este cambio radical de vida genera nuevas situaciones y conflictos.

La familia nuclear (padres e hijos) fue paulatinamente reemplazando a la familia extensiva; la movilidad geográfica producida por la oferta ocupacional produce primero la separación del grupo familiar, luego incluso la cercanía con otros parientes, y finalmente impide formar con los vecinos lazos estables, los cuales podrían paliar la soledad de la familia.

El peso de la maternidad recae casi exclusivamente en la madre; las abandonadas extensiones del parentesco no pueden revivirse de inmediato. Lejos han quedado abuelas, tíos, madrinas para quitar a la madre algo del peso representado por el cuidado de los niños.

En cuanto al propio niño, dejado solo con su madre, o en el mejor de los casos, con su madre y un hermano o hermana, desarrolla intensos lazos emocionales con unas pocas personas, antes que el lazo más relajado con muchas.

El desarrollo de la civilización ha significado quitar actividades a la familia y transferirlas a otras organizaciones; al empobrecerse los lazos entre los miembros de la familia, declina la capacidad del grupo para controlar a sus miembros.

La sociedad urbana valora al hombre por su posición en organizaciones fuera de la familia, y la mujer descubre que aquellas actividades femeninas

en las cuales se recompensa la excelencia se llevan a cabo fuera de la familia.

"La creciente urbanización e industrialización de la sociedad moderna ha disminuido la importancia de la familia como unidad económica autosuficiente. La familia no es ya una unidad productiva con división del trabajo sino que sus miembros se insertan en un complejo aparato productivo, trabajando para un mundo desconocido y transformándose, a la vez, en consumidores de lo producido por otros. Esta sociedad no reconoce un rol económico para la familia y limita sus funciones a la reproducción, latencia y socialización.

Con este cambio de los papeles y las relaciones ocupacionales dentro del grupo disminuye la necesidad de una familia tradicional o extendida y se tiende a una familia conyugal o nuclear, acompañada por una cantidad mayor o menor de parientes. Esta familia conyugal moderna es esencialmente transitoria (a diferencia de las familias tradicionales y clanes), ya que nace al formarse la pareja, crece con los hijos, se achica cuando éstos se independizan y desaparece con la muerte de la pareja original. Esta situación, evidentemente, exige mucho más de la relación conyugal, porque la pareja es ahora el elemento esencial para la continuidad del grupo. Por otro lado, el matrimonio moderno está basado en los afectos y en la libre elección, lo que lo hace, indudablemente, más satisfactorio para sus miembros, pero soporta también un mayor riesgo de fracaso y con él, la familia misma."(2)

B - El impacto de las situaciones límite. Las mutaciones en los roles tradicionales. Desarrollo científico y tecnológico

La primera guerra mundial sacude a la sociedad humana; numerosas familias pierden al padre en el campo de batalla; las mujeres cubren espacios tradicionalmente ocupados por el hombre; muchas madres deben procurar la subsistencia de la prole.

La trama vincular solidaria y extensa, hasta entonces cubierta por la familia, es reemplazada por otros grupos: la alianza, la pertenencia, la solidaridad de los pares. La mujer conquista otros espacios, pierde la protección casi absoluta del padre, de los hermanos varones, también del continente femenino familiar con quien compartía la crianza de los niños y las faenas del hogar.

Los roles asegurados a cada sexo, inmutables por siglos, deben adecuarse; ambos deben encarar proyectos nuevos.

Los cónyuges comparten el trabajo fuera del hogar; la familia parece diluirse. Con sobreesfuerzo la mujer ingresa en el mundo laboral, sin poder renunciar a su responsabilidad con sus hijos y con el hogar.

Durante la Segunda Guerra Mundial ya la mujer logra definitivamente un rol activo en el hacer y el pensar y, como toda nueva conquista, insufla todas sus energías.

El progreso de la mujer es evidente a partir de su ingreso en la producción por la crisis de mano de obra masculina, durante la Primera Guerra Mundial. Pero, es durante y después de la Segunda Guerra Mundial, que la mujer obtiene importantes logros, ingresa en la Universidad y cubre con éxito profesiones libres.

Otro hecho singularmente significativo en el proceso de transformación de la familia ha sido su progresiva secularización; en la sociedad urbana e industrial la devoción se traslada a instancias terrenales; el discurso de las ciencias positivas agudiza este proceso en el siglo XX. El notable desarrollo científico y tecnológico que brindó un indudable progreso material no fue sostenido por un desarrollo espiritual; lo religioso, como proceso vital cotidiano, se circunscribe sólo al culto dominical.

Ello afectó al orden de la tradición y de las costumbres, porque la religión era el reaseguro de la moral. Al modificarse el status religioso, las normas morales empezaron a debilitarse y a ceder en consistencia.

Esta abrupta ruptura de usos y costumbres, sostenidos durante milenios, produce cambios significativos en la organización familiar.

En principio el movimiento de liberación femenina se fijó como objetivo un ingreso masivo en el "mundo de los hombres", para cambiar de status, para liberarse de las ancestrales cargas de la condición femenina.

Por entonces las mujeres fingieron creer en la igualdad y absoluta identidad de los sexos. Para ser reconocidas, dieron pruebas de idoneidad, eficiencia y competencia, con el consecuente abandono de la función hogareña.

No obstante, la desigualdad de oportunidades educativas, la escasa estimulación intelectual de la mujer, su prolongada exclusión de la vida política y sociocultural activa generan condiciones injustas.

Las extensas y agotadoras jornadas laborales, los salarios más bajos que el hombre en las mismas tareas, la discontinuidad durante los períodos de gestación, sumado al esfuerzo de sus funciones domésticas, convencieron a las mujeres a retornar al hogar. No se postulaba entonces que el hogar y la crianza de los niños debían ser responsabilidad de los cónyuges (con-yugo) con trabajo, con esfuerzo. El padre seguía siendo una presencia relativa en la dinámica familiar. La crianza y educación de los hijos ha sido y es aún, en muchos casos, privilegio de la mujer.

Superadas las convulsiones de la guerra, la familia afronta serios riesgos; la nostalgia por un pasado de paz y estabilidad provoca el intento de retornar a la familia patriarcal de los siglos XVIII y XIX.

La mística de la feminidad que prevalece en los años de la posguerra retorna como ideal la realización de la mujer como esposa y madre.

Se propone el ideal altruista basado en la postergación de sí mismo en favor del otro (esposo e hijos), a costa de relegar su propio desarrollo personal, ideal al que denominó K. Boulding "trampa del sacrificio".

"Este ideal místico 'buenas madres y esposas' implicaba ser dependiente y lábil para satisfacer la propia necesidad de reconocerse como mujeres en la imagen legitimada socialmente. A la mujer soltera se la orienta a encontrar marido; esa es la meta fundamental de la vida, y corre el riesgo de ser fracasada si no lo consigue.

El padre estaba incluido en la dinámica familiar como proveedor de sustento por el poco compromiso emocional en la relación a las necesidades primarias de los hijos; era una persona distante, durante casi todo el día ausente, su entrada en la casa era para poner orden o brindar una cuota de afectividad medida... Era alguien a quien se percibía con un mundo propio más rico y multifacético que el de la madre. Sobre esta base de la realidad muchos padres fueron totalmente idealizados...; por la presencia constante de la madre, el mundo del conflicto y de la hostilidad se jugaba especialmente con ella. Esta es una modalidad de crianza que fomenta la disociación entre un personaje denigrado y otro idealizado.

Paradójicamente también se refuerza la idealización de la 'mujer de hogar' que se inicia en las clases medias y luego también se impone en las clases populares".(3)

Este juego de proyecciones denigratorias y/o idealizadoras intenta sutilmente encubrir y disimular la desigualdad del contrato matrimonial. Estos supuestos, basados en creencias que sostuvieron las relaciones entre los dos sexos durante milenios, van a ser sostenidos por el discurso filosófico y científico.

En los albores de las ciencias sociales, la sociología convalida el consenso de la época asignando al hombre "el capital, la iniciativa y el perfeccionamiento" y a la mujer la "subordinación natural a la familia".

La incipiente psicología infantil destaca los derechos del niño, la incondicionalidad del vínculo materno, sin considerar la situación contextual de la mujer-madre.

La importancia creciente del "amor maternal", la estrechez y prolongación del vínculo materno-filial, transformaron en decisiva la influencia de la madre sobre su prole y compitieron con la influencia paterna relativizada por la ausencia del padre en el ámbito familiar.

Las mujeres de esa generación comparten una: "experiencia vivencial de desigualdad, inferioridad y sometimiento que produce un desgarro difícil de

restaurar en el sentimiento de autoestima que es generado en una situación concreta de asimetría; de ello se derivan otras imposibilidades: la dificultad en el manejo de la hostilidad y de la competencia. La inhibición en el manejo de la hostilidad y su ocultación cuidadosa ayudaron a estructurar una apariencia de debilidad e infantilismo como un apreciado ideal: SER BUENA.

Además, el hecho de no participar en la lucha en el mundo laboral no exigía de ellas el desarrollo de la competencia y la agresividad para hacerse lugar en un mundo dolorosamente competitivo... 'Los hombres gozan de libertad, los hombres pueden, las mujeres no'. Este mensaje fue transmitido con una mezcla de resignación, frustración, resentimiento y rebeldía.

Las hijas reciben el impacto psíquico de las carencias maternas, las que se expresan o traducen en su subjetividad en sentimientos contradictorios: temor, miedo, cólera, lástima, compasión; no faltan la perplejidad y la confusión debido a esta imagen infantilizada y sometida al adulto protector.

¿Quién es la madre y quién es la hija? ¿Quién es el protector y quién el protegido? Esta confusión y la sensación de no ser contenida por la madre generan una vivencia angustiante de orfandad.

La mujer ejerce una influencia directa y contradictoria, es decir, no sólo se limita a transmitir pasivamente las normas del sistema patriarcal sino que también transmite sus peleas invisibles con estas normas, creando así en el ámbito familiar un espacio de contradicciones."(3)

Los debilitados cimientos de este contrato se sacuden hacia mediados de siglo; la frágil estructura de la mujer relegada al adentro y el hombre lanzado al afuera, induce necesariamente a una seria fractura en la pareja humana; se profundiza el monólogo y la escisión del mundo femenino y masculino.

El mundo femenino, nos dice Julián Marías, es predominantemente "creencial":

"Transmite las creencias de una sociedad; la mujer es la gran transmisora de la verdadera sustancia de una forma de vida, de allí que su influencia en los procesos históricos, sociales y políticos reconoce un peso fundamental".(4)

En el mundo masculino prevalecen las "ideas"; al varón se le impone un mayor desarrollo intelectual que en el extremo conduce a la disociación de su trasfondo místico y emocional.

Durante milenios "la presión social marginó a la mujer de importantes decisiones de lo humano"(4) no de lo masculino, como comúnmente se entiende.

Así lo expresa la Iglesia Católica:

"Una amplia y difundida tradición social ha querido reservar a la mujer sólo la tarea de esposa y madre".

No hay duda de que igual dignidad y responsabilidad justifican plenamente el acceso de la mujer a las funciones públicas.

Es necesario que sea reconocido el valor de su función materna y familiar respecto de las demás funciones, que deben integrarse entre sí, si se quiere que la evolución social y cultural sea verdadera y plenamente humana".(5)

La idealización del hombre-padre como proveedor y protector y de la "mujer de hogar" (fiel seguidora del marido, incondicional en su rol materno), a costa de su propia postergación como persona, oculta la precariedad del contrato matrimonial injusto para ambos miembros de la pareja.

Ello conduce sutilmente a una mayor separación de comarcas, mientras el hombre conquista el afuera, la mujer ejerce su dominio en el adentro hasta tornar ambos universos casi irreconciliables.

La pareja humana sufre una crisis profunda y de consecuencias insospechadas para la estabilidad de la familia y así, tambaleante, debe enfrentar aún hechos que determinan cambios trascendentales para ambos sexos, que modifican la condición biológica de la mujer y la realidad de la pareja en este siglo.

"Ha acontecido un hecho histórico capital: la disociación entre la sexualidad y la reproducción. Este es un hecho de enorme volumen, cuyas consecuencias no hemos acabado de evaluar. El hombre y la mujer viven inmersos en un sistema de supuestos que ha asociado milenariamente la sexualidad y la reproducción.

Pues bien, en este siglo, y no antes, ambas cosas están disociadas. No digo que sean independientes, ni que sean separables; digo solamente que están disociadas.

Es decir, que los proyectos humanos, masculinos y femeninos, están afectados por la presencia de ese nuevo hecho biológico que modifica la situación milenaria en la cual se había vivido. Es un proceso de ida y vuelta. Se ha engendrado este cambio en lo histórico-social, sin participación alguna de la biología: algo específicamente humano, personal, biográfico; pero esa variación biológica se convierte en un dato capital con el cual tenemos que habérnoslas, que modifica todas las posibilidades de proyección humana y, por supuesto, de proyección entre los dos sexos".(4)

Otro hecho decisivo en relación al desarrollo científico ocurrido en el siglo XX, que ha modificado la situación de la pareja humana colectiva e individualmente, es la prolongación de la vida.

La edad de la mujer estaba unida al ciclo biológico de la sexualidad:

"La vida más higiénica, la mejor alimentación, la preocupación estética, la mayor actividad de la vida cotidiana, el deporte y sobre todo la existencia de proyectos variados y renovables, todo eso ha alargado la juventud de la mujer, que era brevíssima: se pasaba casi de la niñez al matrimonio; éste era

seguido inmediatamente por la maternidad —por lo regular reiterada y frecuente.

A edades en que nos parece que la verdadera juventud todavía no ha empezado, la mujer de los siglos pasados se consideraba madura, instalada en las formas estables, con frecuencia mortecinas, de la vida doméstica y el cuidado del marido y de los hijos.

Añádase que ha desaparecido del horizonte de la mujer el peligro de la maternidad: el parto y el sobreparto eran amenazas muy graves, que causaban una tremenda mortandad entre las mujeres, en plena juventud.

Nos encontramos, pues, con que mientras hasta hace pocos decenios la fase biológica de la maternidad ocupaba la porción máxima de la vida activa de la mujer, entre una niñez un poco prolongada y una madurez declinante, preludio de la vejez, hoy esa fase es un período relativamente corto —con brevedad reforzada por el hecho social, no biológico, de que la mayoría de las mujeres dejan de tener hijos mucho antes de que termine fisiológicamente esa posibilidad— que no significa el final de la juventud, que ni siquiera la interrumpe.

La madurez, finalmente, es muy larga y empieza aproximadamente cuando en el siglo pasado se iniciaba la vejez social —a veces también la biológica—; esa madurez suele ser muy activa desde todos los puntos de vista y en ella suele conservarse el atractivo femenino.

Lo más importante es que la prolongación de la vida activa de la mujer, de su juventud y su madurez atractiva y lúcida, ha establecido —tal vez por primera vez en la historia— el paralelismo integral de las dos formas de vida humana: en el siglo XX, el hombre y la mujer se acompañan a lo largo de toda su vida, la convivencia sexuada es permanente y alcanza a todas las edades de ambos. Esto es decisivo, una de las grandes conquistas de nuestra época".(4)

Estos antecedentes determinan un cambio irreversible en los roles tradicionales e iluminan el terreno para comprender acabadamente las circunstancias y conflictos de la familia contemporánea.

II - LA FAMILIA CONTEMPORANEA

A - Los datos y los hechos

El contexto amplio de la familia extensiva se ha visto progresivamente diluido. Las cifras (censo 1980) son reveladoras de la situación actual en Argentina. Las familias reducidas (nucleares) con uno o dos hijos son las más numerosas (el 32% de los hogares), mientras que familias con tres o más

hijos suman el 15% y familias extendidas, en las que conviven tres generaciones con seis o más integrantes (del tipo tradicional), en cambio, sólo son el 6% del total.

Esta misma estadística demuestra que, en Buenos Aires (donde se manifiestan primero las tendencias por ser la mayor concentración urbana del país), se eleva cada vez más el porcentaje de mujeres que están al frente de la familia. Ellas constituyen el 27% del total de los jefes de familia.

En cuanto a los hijos menores de veinte años que viven con sus padres, el porcentaje parece haber descendido en los últimos años (hoy son un 79%).

La cifra sigue siendo alta, pero la tendencia no deja de ser preocupante, si se atiende a estadísticas ajenas, como las de los Estados Unidos.

Allí hay cerca de 20.000.000 de menores con graves problemas de conducta y drogadicción, y el 31% de los abortos se da entre los adolescentes.

La mayoría de los menores, en esa sociedad, se separan del hogar entre los 15 y los 16 años.

En 1960 la tasa de divorcios se duplicó en casi todos los países europeos; en Holanda se triplicó y en el Reino Unido se quintuplicó. En Estados Unidos más de 1.000.000 de niños por año presencian el divorcio de sus padres.

En nuestro país (censo 1980-Argentina) el número de personas separadas alcanza a 4.000.000; lamentablemente aún no contamos con las cifras del último censo (1991). No obstante hay referencias de que estas cifras han continuado en progresión en el último decenio.

Los datos de referencia permiten evaluar la crisis severa por la que atraviesa la familia contemporánea y sus consecuencias para la comunidad universal.

No intentamos brindar una visión apocalíptica de la familia, sino por el contrario convocar a la comunidad humana a comprender empáticamente su situación coyuntural.

B - La interpretación

La perspectiva histórica permite visualizar cómo ciertos acontecimientos culturales han configurado cambios significativos en la dinámica de las relaciones familiares; muestra la mutación de los roles tradicionales asignados a la figura paterna, materna y filial y sus dificultosas adecuaciones acordes al signo de los tiempos.

Los datos y los hechos analizados refieren la transición y crisis de la familia contemporánea. Desde diferentes ámbitos se ha alertado respecto de las consecuencias de esta crisis.

Así, S.S. Juan XXIII, en su convocatoria al Concilio Vaticano II, expresa:

“Un orden nuevo se está gestando”, y la Iglesia tiene ante sí misiones inmensas.

La Iglesia, exhortada por Cristo a distinguir claramente el signo de los tiempos, procura encontrar los medios que contribuyen a hacer más humana la vida del hombre cuya salvación eterna hay que procurar.

Entre los problemas más urgentes que afectan profundamente al ser humano destaca: “Dignidad del matrimonio y familia”.

Las profundas transformaciones de la sociedad contemporánea, origen de fuertes perturbaciones para la familia, deben servir de advertencia admonitoria.

“La salvación de la persona y de la sociedad humana y cristiana está estrechamente ligada al buen ser de la comunidad familiar y conyugal.”

El análisis científico de la problemática de la familia señala:

“La pareja parental se ve recargada de responsabilidades convirtiéndose en una institución sumamente exigida, donde los cónyuges, además de sus funciones habituales, deben ser también padres y hermanos entre sí. La familia nuclear, en vez de ser el remanso necesario para todo ser humano en su lucha por la vida, pasa a convertirse en centro de exigencias que impulsa a sus componentes al no compromiso y a la huida hacia seudocompensaciones que la cultura ofrece (exaltando valores hedonísticos e individualistas) en un mecanismo realmente autodestructivo.

La familia no ha sido reemplazada eficazmente en ninguna experiencia social conocida y, por lo tanto, su sufrimiento nos señala el grave peligro que corre la especie humana de perder sus atributos de normalidad, sin poder prever los resultados futuros de no tomarse medidas adecuadas.

Es cierto que el mundo moderno nos provee de escuelas, centros de salud, clubes y asociaciones que comparten con el hogar la responsabilidad de ‘socialización, protección y latencia del ser humano’. Pero esas instituciones y el Estado han demostrado no poder proporcionar lo que la psicología llama ‘el proceso de identificación materno-paterna, algo casi tan necesario para el crecimiento sano de una persona como el mismo alimento’, la imagen y el calor imprescindible e irremplazable del hogar”.(2)

III - PERSPECTIVA PSICOPEDAGOGICA

Indudablemente, el matrimonio en la sociedad contemporánea conlleva grandes dificultades: se encuentra más expuesto a los avatares y gravitación de hechos externos.

Las crisis económicas en América Latina inciden en la necesidad de que ambos padres provean el sustento mediante extensas jornadas laborales. En

los períodos de recesión en las clases media y populares el ingreso de la mujer es más significativo y ello no se acompaña con un adecuado intercambio de roles, con la consecuente desprotección de la prole y dificultades en la relación marital.

En muchas comunidades, la ausencia reiterada del padre por razones laborales produce la sobrecarga de la función materna. La exigencia de mayor especialización profesional y laboral de los jóvenes determina en muchos casos el abandono temprano del hogar. Ambos hechos pueden producir la desintegración de la familia.

Las exigencias de la vida moderna, la influencia de los modelos de éxito que proponen los medios masivos de comunicación y la confusión e incertidumbre que produce la divulgación del conocimiento científico respecto de la crianza y educación de los hijos, desde diferentes supuestos antropológicos, atacan la intuición y sabiduría de padres y docentes.

Si bien los hechos más gruesos en cuanto a formas de abandono son revelados por el progresivo aumento en los índices de drogadicción, delincuencia juvenil, suicidios y embarazos en madres adolescentes, desde nuestra perspectiva nos preocupan especialmente formas más sutiles de abandono que remiten a la dificultad de la pareja parental de asumir una maternidad y paternidad responsables.

Es un observable en la clínica psicopedagógica la confusión de los padres respecto de la crianza y formación de sus hijos, muchos padecen de la ilusión de que sólo basta cubrir exageradamente las necesidades materiales y delegar su misión en personas altamente calificadas, con la consecuente vivencia de soledad y abandono que expresan niños y jóvenes.

Las instituciones y profesionales de la salud y la educación debieron suplir gran cantidad de funciones que antes cubría la familia.

Progresivamente fue desprestigiándose el papel de los abuelos, los tíos, la vecindad como continente primario y, con ello, el espacio de interacción, el ocio compartido, la infinita riqueza de la confrontación con diferentes generaciones.

Muchos fenómenos negativos que se lamentan hoy en la vida familiar derivan del hecho de que, en las nuevas situaciones, los jóvenes no sólo pierden de vista la justa jerarquía de valores, sino que, al no poseer ya criterios seguros de comportamiento, no saben cómo afrontar y resolver las nuevas dificultades. La experiencia enseña, en cambio, que los jóvenes que fueron protegidos y contenidos por la familia alcanzan mejor calidad de vida.

Entendemos a la familia como el "nido ecológico del ser humano", unidad básica de desarrollo y experiencia, absolutamente irremplazable.

El "valor" de la familia es inalienable con el decurso vital de todo ser humano. La familia es un carácter constitutivo de la condición humana.

Consideramos que el desarrollo, maduración y aprendizaje del niño en todas las áreas de expresión de la conducta está en función de la estructura familiar que lo precede y actúa como continente primario y matriz vincular proveedora de modelos identificatorios.

El niño nace en el seno de una familia, que es el producto de las relaciones de seres humanos que lo han precedido en este mundo "como un océano en el que pronto aprende a nadar". Este "nosotros originario" (pareja conyugal-yo-tú que incluye a él) es a su vez producto de los "nosotros" que lo precedieron, sus familias de origen o de pertenencia.

La estructura familiar internalizada es un organizador que regula y da sentido a las relaciones familiares.

"Así, esta red vincular histórica, mística, cultural, social y espiritual, conjuntamente con los determinantes biológicos de su herencia, condiciona el curso de la vida del infante humano; este cosmos privilegiado con características únicas es la base fundante de toda realización. La función institucional de la familia es servir de reservorio, control y seguridad para la satisfacción de la parte más inmadura o primitiva de la personalidad."(9)

El objetivo primordial de la familia es cuidar la vida; es a partir de ella que se entrelazan todas las experiencias interpersonales.

La imagen de sí mismo y la familia son recíprocas e interdependientes. En cada estadio del desarrollo, la identidad personal está ligada y diferenciada de la identidad de los padres y de la familia en una forma especial.

Todo sujeto que no posee un "territorio" físico y emocional propio tiende a perder su sentido de identidad. Un individuo privado del sentimiento de pertenencia a su entorno familiar puede caer en una peligrosa sensación de aislamiento e incomprendimiento. La identidad de cada individuo se apoya en la presencia de una "familia", entendiéndose a esta "familia" como la "familia internalizada".

La familia es en todo sentido el producto de la evolución. Es una unidad flexible que se adapta sutilmente a las influencias que actúan sobre ella, tanto desde dentro como fuera.

La unidad psicológica de la familia es moldeada continuamente por las condiciones externas, tanto como por su organización interna. Así como en el desarrollo del individuo hay crisis decisivas, así también en la vida de la familia hay períodos críticos en los que el vínculo entre sus miembros puede fortalecerse o debilitarse.

Lo que define la atmósfera interpersonal única de la familia es la cambiante multiplicidad de las corrientes y contracorrientes emocionales. Es

contra el fondo de esta atmósfera familiar, en constante flujo, que se desarrolla la personalidad del niño.

El hogar es como el campo de entrenamiento donde la persona adquiere práctica y cada vez mayor destreza para cumplir con una amplia variedad de roles sociales.

La familia es insustituible en sus funciones destinadas a la crianza y educación de los niños. Esto es así por varios motivos; entre ellos, el más importante es que la criatura humana nace con una total carencia de nociones y acciones destinadas al cuidado y preservación de la vida. Sólo mediante la capacidad de aprender se puede compensar esta desprotección; estimular esa capacidad en los hijos es abrirles el camino a una vida más saludable; es precisamente la familia quien velará por la salud integral del niño.

Un hijo es la trascendencia; es el depositario de los valores, es el comienzo de la célula constitutiva de la sociedad. Pero además, y en el terreno práctico de la vida cotidiana, un hijo exige un programa nuevo de vida, exige un cambio en los roles familiares y también exige y merece un proyecto dedicado a él.

El grupo familiar brinda la forma y escala de oportunidades para la seguridad y autorrealización, moldea el sentido de responsabilidad y proporciona modelos de éxito y fracaso en la actuación personal y social.

“Aun hoy, cuesta aceptar que las experiencias del niño en los primeros años de vida repercutirán inevitablemente en la sociedad entera. Las grandes amenazas a la persona humana, con diferentes manifestaciones en todos los tiempos (agresión, adicciones y todo el espectro amplio de patologías de la salud), son la expresión en clave cifrada de aquellas experiencias tempranas.

Cada día se enfatiza más la real importancia de la familia en orden a la personalización de quienes la componen y como resultado de ello de toda la humanidad.”(9)

El dilema del hombre contemporáneo es el vacío existencial debido a la pérdida de sentido último para la vida.

Sólo una serena concepción del mundo y sus valores permitirá al hombre asumir su realidad temporal con madurez, y transmitir a sus hijos la real dimensión del presente, preparándolos adecuadamente para que, a su vez, asuman con madurez el futuro que les pertenece.

La familia sufre una conmoción con secuelas de crisis y de replanteos propia de esta época y desconocida por las generaciones anteriores. Todos los valores parecen estar en juego; superan la voluntad individual de los cónyuges y afectan a todos los miembros.

Se presupone que esta familia ha de cumplir las funciones necesarias de la procreación, la protección de los vástagos, la orientación cultural, la ori-

tación espiritual y la organización estructural del parentesco y de las relaciones afectivas.

No existe un modelo único de familia sino infinidad de modelos; la universalidad está dada por su estructura.

En gran parte la civilización occidental considera a la familia como una entidad inmutable, atemporal, para la cual las modificaciones configuran un terreno de acechanzas y fuertes temores por su disolución. El temor a la disgregación produce como efecto un enquistamiento en su estructura, como compartimiento estanco, impermeable a la interacción con el mundo externo, sin tener en cuenta que la familia está inserta y comprometida con una historia de marchas y contramarchas y que no puede atravesar indemne este fogueo.

A medida que nos acercamos al próximo siglo, los objetivos y forma de las relaciones humanas, claramente definidas en otros momentos, se desplazan hacia una variedad de síntesis y nexos cuyo propósito final es el crecimiento.

El cambio está generado por diversas tendencias irreversibles; una amplia revolución cultural está modificando el viejo territorio de las relaciones; éstas cambian porque las personas evolucionan.

El hombre nunca queda fijado en una posición histórica determinada; se reemplazan permanentemente formas antiguas y surgen formas nuevas, tentativas; nuestra crisis contemporánea refleja logros y ambivalencias.

La familia no se desintegrará y será dimensionada en su valor inalienable. Se logrará un nuevo equilibrio, sustentado por nuevas formas.

Puede que la familia no sea ya lo que era —al fin y al cabo era todo—, pero esto no impedirá que constituya un modelo esencial, satisfactorio y quizás más flexible.

Las mujeres esperan hoy conseguir una distribución más justa de los desafíos de la vida, el pensar y el hacer comprometidos en la vida pública.

Los hombres están descubriendo su mundo credencial, la intuición, los sentimientos, y reclaman su derecho a participar en la crianza y educación de sus hijos.

A medida que empezamos a confiar en nosotros mismos nos sentimos capaces de aprender y podemos crear formas nuevas.

Durante esta transición hay una oscilación comprensible en ambos sexos; ambos sienten incertidumbre respecto de las nuevas expectativas, sin modelos homologados por generaciones anteriores.

“Estamos intentando una pareja humana que supere las contingencias de su momento histórico, que trascienda en valores y virtudes, a pesar de la nostalgia por la red familiar extensa trasmisida por nuestros abuelos, aprendien-

do con humildad de los errores del presente, caminando hacia una aceptación adulta de nuestra responsabilidad en el aquí y ahora, fundados en el principio del amor que es lo que integra a la persona.

Es nuestro desafío crear una pareja que acepte el con-yugo, con libertad, responsabilidad y amor superando la cruenta escisión de un mundo femenino y masculino, donde prevalezca la alianza y complementariedad de roles; así y sólo así, podremos sembrar 'semillas de humanidad' en nuestros jóvenes que son la esperanza del mundo".(9)

Cuando dos personas forman una relación sobre esta base ingresan a una aventura; ambos son pioneros de una-nueva forma social.

El matrimonio continuará siendo un modo de compromiso, pero más igualitario, más realista; nuevas promesas matrimoniales reemplazarán otras formas de la pareja humana que, tal vez, pueda así cumplir su misión humanizadora.

Hoy más que nunca podemos ver que el individuo adulto es un resultado de la calidad de sus aprendizajes; el aprendizaje vivencial que ha recibido en la familia es la base fundante de ulteriores logros.

La Iglesia lo expresa así:

"El derecho-deber educativo de los padres se califica como esencial, relacionado como está con la transmisión de la vida humana: por la unicidad de la relación de amor subsiste entre padres e hijo: como insustituible e inalienable y, por consiguiente, no puede ser totalmente delegado o usurpado por otros.

Por encima de estas características, no puede olvidarse que el elemento más radical, que determina el valor educativo de los padres, es el amor paterno que encuentra en la acción educativa su realización."(7)

"Por ello el análisis y comprensión de la familia contemporánea no resiste sino un abordaje pluridimensional, personalístico, dinámico, evolutivo, profundo, contextual y espiritual.

Intentamos una lectura psicopedagógica que posibilite comprender a la familia contemporánea, integrando el análisis histórico de las mutaciones en las relaciones parento-filiales, acorde a la notable influencia que las experiencias tempranas, las pautas educativas y el consenso de la época en cuanto a mitos, creencias, usos y costumbres han modelado a las generaciones que preceden al niño (padres y abuelos) y condicionan el ejercicio de la maternidad y paternidad responsables."(8)

El desafío de quienes hoy acompañamos a las jóvenes generaciones a iniciar el siglo XXI es justamente restituir el valor inalienable de la familia, en toda su dimensión. Es nuestro desafío ser testimonio de auténtica vida cristiana, vida que se inicia en la familia que ha sido definida como "ese nido

ecológico del ser humano"(1), el hábitat por excelencia de la criatura humana.

"Todos los miembros de la familia tienen la gracia y la responsabilidad de contribuir día a día a la comunión de las personas, haciendo de la familia una 'escuela de humanidad más completa y más rica'."(7)

BIBLIOGRAFIA

- 1 BIANCHI, Ariel. "Familia y cambio social". **Revista Instituto de Investigación Educativa.**
- 2 CANNEVARO, Alfredo. Conferencia.
- 3 LOMBARDI, Alicia. **De Madres e Hijas.**
- 4 MARIAS, Julián. **La Mujer en el Siglo XX.**
- 5 Documentos del Concilio Vaticano II. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid.
- 6 OLIVER, María Isabel. **El Rol del Psicopedagogo.** Publicación interna de la Facultad de Psicopedagogía de la Universidad del Salvador.
- 7 S.S. JUAN PABLO II. **Encíclica Familiaris Consortio.** Ediciones Paulinas. Buenos Aires.
- 8 MARTINO, María Elena. "Presencia del Servicio Social en la Promoción Familiar". **Signos Universitarios, Revista de la Universidad del Salvador**, año II, N° 3, 1980.
- 9 OLIVER, María Isabel. **Comprensión psicopedagógica de la Familia.**